

se dieron á la vela para Salamanca de Xamanhá. Allí se olvidaron trabajos y penalidades, se volvieron á ver los que recíprocamente se creían ya almas del otro mundo, y á aquellos aguerridos soldados de tostado rostro, de alma imperturbable, á quienes era natural y sencillo el más completo desprecio de la vida, se les vió abrazarse y llorar como tiernas mujercillas.¹

CAPITULO IX

Viaje de Montejo á Nueva España.—Encarga á Dávila que se quede en Salamanca de Xamanhá mientras vuelve.—Entrevista con Hernan Cortés en México.—Cambio de plan para la conquista de Yucatán.—Resuelve esperar la llegada de los oidores y del presidente de la primera audiencia de Nueva España.—Conferencias con Nuño de Guzmán.—La audiencia nombra á Montejo alcalde mayor de la provincia de Tabasco.—Levanta una nueva expedición, de la cual forman parte D. Francisco de Montejo, el mozo, y Don Francisco de Montejo, el sobrino.—Salida de la expedición al mando de D. Francisco de Montejo, el mozo.—Llega á Nuestra Señora de la Victoria.—D. Francisco de Montejo, el viejo, permanece en Veracruz hasta Abril de 1529.—Va por tierra con la caballería á reunirse con su hijo en Nuestra Señora de la Victoria.—Envía dos navíos á Salamanca de Xamanhá, á recoger á Alonso Dávila y á toda su gente.—Llegada de Alonso Dávila á Tabasco.—Residencia de Baltazar Osorio, ex-alcalde de Tabasco, y pacificación de esta provincia.—Sojuzgamiento del territorio de Cimatlán.—Se resuelve emprender de nuevo la conquista de Yucatán.—Encuentro del adelantado con D. Juan Enriquez de Guzmán en Teapa.—Alonso Dávila, encargado de la expedición, recibe instrucciones de entrar á la provincia de Acalán por la frontera de Chiapas.—Emprende su marcha, y llega á la ciudad de Chiapas.

Con el cansancio de tamañas fatigas, justo era darse algún reposo, y se lo tomaron de breves días Montejo y su hueste, aunque sin perder de vista el acariciado proyecto de pasar el asiento de Salamanca á un lugar que, á más de ser puerto abrigado y cómodo, fuese feraz y salubre. El asiento de Xamanhá, aunque mejorando en mucho al de Xelhá, todavía no era del agrado de Montejo: distaba mucho de ser un puerto: en costa completamente abierta, estaba batido por las corrientes del canal de

¹ Fernández de Oviedo, op. cit. tomo III, pág. 234.

Yucatán y por los vientos del norte. Chetemal era el punto de particular atractivo y que desde luego se había conquistado toda la preferencia en el ánimo del Adelantado. Situado¹ en un recodo de la bahía de su nombre, en región poblada, con la proximidad de un río caudaloso, con fértiles terrenos al rededor, y con una temperatura sana y refrescada por la cotidiana brisa, ejerció singular encanto en el espíritu de Montejo. Había tomado la resolución decidida de que Salamanca fuese trasladada á este puerto, convirtiéndolo en base de sus ulteriores operaciones para sojuzgar la península; mas, aunque determinado á poner su capital en Chetemal, comprendía que ni los recursos ni la gente de que podía disponer eran suficientes para emprender la sujeción de un pueblo tan belicoso y sagaz; su recto sentido le sugirió, como paso prudente, dejar á Dávila en Xamanhá, y dirigirse en persona á Nueva España á levantar soldados y proveerse de municiones de boca y guerra.

Después de algunos días de respiro, Montejo se embarcó en la carabela venida de Santo Domingo, escoltado por el bergantín que fabricó D. Alonso Luján, y se dió á la vela para Veracruz, dejando su poder y autoridad á Alonso Dávila, y con instrucción de que permaneciese en guarnición en Salamanca de Xamanhá, hasta su regreso, que no había de demorarse mucho tiempo.

A mediados del año 1528, debió llegar D. Fran-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tercera edición, tomo 2º página 189. Cogolludo y Herrera nombran esta población *Chetemal*, y Fernández de Oviedo *Chitemal*: no sabemos por qué razón algunos autores, en los tiempos modernos, la han llamado *Chetumal*.

cisco de Montejo á Veracruz, en ocasión que ya Hernando Cortés había vuelto de su viaje á las Hibueras y andaba preparando un viaje á España, á donde le llamaba con urgencia la necesidad de restablecer su crédito ya bien barrenado por las intrigas de sus émulos. Subió Montejo hasta México, y allí tuvo el inefable placer de encontrar á su hijo Don Francisco, que había acompañado á Cortés en su viaje á las Hibueras, y que volvía con la reputación de joven bizarro y esforzado, á causa de haber sabido sobrellevar los grandes y excesivos trabajos del viaje.¹ Visitó al heroico conquistador de la Nueva España, y, en sus largas y confidenciales conversaciones, húbole de contar las dificultades arduas, los trances angustiosos en que se había visto, á causa de las enfermedades que habían aquejado sin tregua á sus subordinados y hasta á él mismo, pues que se había visto casi en momentos de entregar su alma á Dios. El arte de la buena conversación, la afluencia y agrado en el hablar, era virtud natural en el Adelantado, y la desplegó en circunstancias tan propicias como eran aquellas pláticas hechas en confianza entre dos antiguos compañeros de armas y amigos que mutuos servicios se debían. Pintó la calidad de las tierras de Yucatán, en parte formadas de llanuras petreas y estériles, en parte de bosques frondosos; ora de extensos prados y sabanas, ora de pantanos cenagosos: las poblaciones semejaban, al decir de Montejo, deliciosos cármenes, ricos en frutales; las muestras de oro y piedras preciosas no eran escasas;

¹ *Información de servicios de Don Francisco de Montejo, hijo del adelantado del mismo nombre.* Contestación á la cuarta pregunta.

mas, aunque el país prestaba incentivo para reducirle á territorio español, pulsaba serios obstáculos en el carácter de la raza que lo habitaba, belicosa y sagaz. Narróle la exploración que había verificado de la costa sureste, en parte escarpada y brava, en parte baja y pantanosa; la insalubridad de las playas, é imposibilidad en que había estado de hallar lugar adecuado para poblar, si no fuese el de Chetemal, que por fin había escogido como único apetecible al fin que se proponía.

Hernan Cortés, con la franqueza y benevolencia que le distinguía cuando se trataba de sus amigos, acogió á Montejo con simpatía, y, entrando en la apreciación de los medios con qué llevar á buen término la conquista de Yucatán, le sugirió una idea que le hizo cambiar de propósito. Refirióle que, en su viaje á las Hibueras, había atravesado por una de las provincias más florecientes de Yucatán, la de Acalán¹ cuya capital le había sorprendido por su riqueza, población y policía. En esta provincia, mercantil y especuladora por naturaleza, los recursos de la vida habrían de ser más abundantes, y así, en vez de emprender sojuzgar á los mayas empezando por la costa oriental de Yucatán, parecíale más hacedero invadir el cacicazgo de Acalán, en donde la abundancia de mantenimientos no le habría de permitir sufrir hambres y escaseces, fuera de que, confinando Acalán con Tabasco y Chiapas, estaría siempre á la mano para ser socorrido por los españoles que andaban conquistando estas dos últimas provincias. El pensamiento de

¹ Fernández de Oviedo, op. cit. tomo III. pag. 234.

Cortés pareció á Montejo en extremo acertado, y se inclinó á adoptarlo. Bajó á Veracruz, compró otro buque de gran cabida, hizo reparar la carabela y el bergantín, y levantó banderas con objeto de reclutar gente de refresco. Le preocupaba, sin embargo, mucho la condición que guardarían sus bravos subordinados de Xamanhá: aislados entre enemigos y acosados por el hambre y las enfermedades, urgía mandar por ellos; mas, cambiado el plan de campaña en momentos en que Cortés marchaba para España y se esperaba la instalación de la primera audiencia, juzgó discreto aguardar la llegada de los oidores. Despidió á Hernan Cortés, y continuó en su empresa de reunir provisiones y gente. Andaba en estos trajines, cuando arribaron al puerto de Veracruz, Alonso de Parada, Francisco Maldonado, Juan Ortiz de Matienzo y Diego Delgadillo, recientemente nombrados oidores de la primera audiencia de Nueva España, quienes traían órdenes de la corte de esperar en Veracruz á su presidente Nuño de Guzmán, que debía venir de Pánuco á reunirse con ellos para entrar todos juntos en México.

Montejo no anduvo tardo ni torpe: se apersonó con los oidores, y los informó del estado de sus negocios, así como del nuevo plan que había adoptado. Aquellos magistrados, como hombres nuevos y poco conocedores de la tierra, se mantuvieron reservados, y le aconsejaron que esperase la llegada de Nuño de Guzmán, con quien, más entendido, podría tomarse decisión más acertada y segura.

Suspendió su viaje, y esperó con sus buques fondeados en puerto y listos para ponerse en ca-

mino. Las contrariedades, sin embargo, le perseguían, hasta poner tentaciones vehementes á su constancia inquebrantable. Estalló uno de esos nortes que desde fines del otoño empiezan á asolar aquella costa, y, aunque la vieja carabela y el bergantín resistieron las tempestuosas oleadas y los furiosos soplos del viento, no así la nave recientemente comprada, la cual se fué á pique con todo cuanto contenía. Terrible contratiempo era éste para el Adelantado, que llevaba ya gastada buena cantidad de dinero en la compra de navíos, caballos y víveres. Sólo en Nueva España había consumido cuarenta mil castellanos, de los cuales veinticinco mil había tomado prestados á varios amigos. Triste y adeudado, pero sin perder los alientos, allegó nuevos recursos, compró otro buque, y lo proveyó de bastimentos.¹

A fines de Diciembre de 1528, llegó á México Nuño de Guzmán, y se hizo cargo de la presidencia de la Audiencia. Urgido como estaba Montejo, le hizo relación de sus operaciones y proyectos con la habilidad y destreza que le sobraban al tratar de negocios, cuanto más siendo propios. Por aquellos días se supo en México que los vecinos de la ciudad de Nuestra Señora de la Victoria andaban en reyertas con su alcalde mayor Baltazar Osorio²

¹ Carta á S. M. del adelantado Francisco de Montejo, de 13 de Abril de 1529, en la *Colección de documentos inéditos*, tomo 13, página 86.

² Otros le llaman Baltazar Gallegos. «El año do 1525 envió Hernan Cortés, al capitán Vallezillo con sesenta soldados á conquistar y pacificar la provincia de Tabasco; pero más tarde, habiéndose tullido dicho capitán, fué nombrado sucesor suyo el capitán Baltazar de Gallegos, el cual concluyó la pacificación.» *Relación del Cíbildo de la villa de Santa María de la Victoria*, de 12 de Mayo de 1579.

y aprovechó esta circunstancia hábilmente. Le informó de las graves razones que le habían decidido á empezar la conquista de Yucatán por el sur, y que, para el buen éxito, lo más conveniente era unir los dos gobiernos de Tabasco y Yucatán en una sola persona. Estas persuasiones casi decidieron al presidente y oidores, y su opinión se determinó más al saberse que los conquistadores de Tabasco estaban á punto de abandonar el país por las grandes necesidades que padecían, á causa de la insalubridad del clima, y por las amenazas de levantamiento de los indios de las sierras ariscos todavía y listos á aprovechar la primera coyuntura para sublevarse. Montejo venía como de molde á la audiencia para salir de perplejidades, y así, á todos los oidores y al presidente pareció medida muy cabal nombrarle alcalde mayor de Tabasco y juez de residencia de Baltazar Osorio. Le ordenaron que se trasladase á Tabasco, y que, tomando posesión de su destino, publicase la residencia de Osorio, y procediese á reducir y pacificar á todos los indios levantiscos tabasqueños; que cimentase la villa de Nuestra Señora de la Victoria, y que, además, fundase otras dos villas: una en las sierras de Cimatlán, otra en la provincia de Acalán; y que, conservando el gobierno de Tabasco, llevase á cabo la conquista de Yucatán, á reserva de lo que el Rey decidiese en definitiva.

El Adelantado dió á su hijo el mando de la fuerza, y le ordenó que saliese de Veracruz con tres navíos y toda la infantería para el río de Grijalva, mientras él mismo iba á juntarse con él, por tierra, como jefe de la caballería. Don Francisco de Mon-

tejo, el mozo, cumplió estrictamente las órdenes recibidas, y, en compañía de su primo D. Francisco, se embarcó y fué á la villa de la Victoria de Tabasco. Llegó en momentos en que ya los pobladores desesperaban de sostenerse; pero tan pronto como fué recibido y mostró sus títulos de teniente, se hizo cargo del gobierno y cambió la faz de la villa. Se aliviaron las escaseces con los víveres que llevó, y cobraron alientos los vecinos, de suerte que ya nadie pensó en levantar el campo.

El adelantado Don Francisco de Montejo permaneció en Veracruz hasta el mes de Abril de 1529, y el 13 de este mes escribió al rey dándole cuenta de todos sus trabajos desde su salida de España, é impetrando la confirmación de la mancomunidad de sus gobiernos de Tabasco y Yucatán. Cumplido este deber, se fué por tierra con su partida de ginetes á la villa de la Victoria, se encargó del gobierno, publicó la residencia de Baltazar Osorio, y empezó á actuar en el juicio.¹ Muchas quejas se presentaron contra el alcalde saliente, en especial deudas civiles que los acreedores cobraban con apremio. Montejo, á fuer de político conciliador, trató á Osorio con grande indulgencia, é interpuso su influencia y favor para que sus enemigos se apaciguasen y aun hubiese quien le remitiese las deudas. Los vecinos se avinieron, los disturbios cesaron, y la administración de Montejo se inició entre aplausos: el mismo Osorio se mostró agradecido de los servicios y tratamiento de su sucesor. Era que éste ansiaba cimentar su gobierno de Tabas-

¹ Cédula de 4 de Abril de 1531, dirigida á Juan de Lerma en favor de Francisco de Montejo.

co, con la mira de que le sirviese de apoyo para sus operaciones en Yucatán, de donde no apartaba los ojos.

Embebido en este propósito, envió dos navíos á Alonso Dávila, con órdenes estrechas para que sin perder momento desamparase á Salamanca de Xamanhá y acudiese con toda su fuerza á Tabasco, en donde le esperaba para comunicarle el nuevo plan de campaña que había ideado y madurado en México. Con sorpresa, Dávila se impuso de tan inesperadas órdenes que cambiaban de todo en todo sus primeras instrucciones. No se detuvo un punto en acatarlas; se trasladó inmediatamente á Tabasco, en donde fué recibido con las muestras de consideración que tan justamente merecía por su inteligencia y denuedo. Allí supo que la entrada á Yucatán debía hacerse por Acalán, después de pacificar toda la provincia de Tabasco. Era previo, pues, acabar con cualesquiera veleidades de resistencia que pudieran surgir, y el Adelantado, dividiendo sus fuerzas, recorrió en diversos sentidos las comarcas circunvecinas al río de Grijalva.

Uno de los pueblos que parecían más inquietos era el de Xicalango, al cual Baltazar Osorio había tratado con excesiva condescendencia, porque en él se proveía de mantenimientos. Don Francisco de Montejo, el mozo, marchó á este pueblo, tomó posesión de él, fundó una villa con el nombre de Salamanca, repartió solares á varios españoles que allí avecindó, y nombró regidores y alcaldes que administrasen justicia en nombre del Rey. En esto se tuvo noticia de que los indios de Cimatlán¹ se

¹ Región situada en la parte occidental de Tabasco. Fundóse allí una villa

habían rebelado, hasta el grado de haber arrojado de su tierra á los españoles avocindados en ella y aun habían matado á algunos de ellos. No disimulaban su intento de invadir las comarcas circunvecinas, sublevar á sus habitantes, y, todos unidos, trabajar en sacudir el yugo español.

Don Francisco de Montejo, el mozo, salió á la cabeza de tropa de las dos armas de infantería y caballería, con instrucciones de su padre de batir á los rebeldes de Cimatlán y someterlos de grado ó por fuerza, repartir los pueblos, y encomendarlos á los principales capitanes. Tuvo varios encuentros reñidos con los indios, y acabó por sujetarlos y cumplir las órdenes que llevó.¹

Don Francisco de Montejo, el viejo, viendo ya pacificada la provincia de Tabasco, creyó llegado el momento oportuno de continuar la conquista de Yucatán. Dejó un teniente suyo en Nuestra Señora de la Victoria, y, acompañado de Alonso Dávila y de Don Alonso de Lujan, se puso en camino para Acalán, internándose hácia el sur por el río Grijalva. En Teapa se detuvo porque las enfermedades y el hambre acosaban á su tropa, y era indispensable darle algún descanso á fin de reparar sus quebrantadas fuerzas. El mismo Adelantado cayó enfermo de dolencia tal que le obligó á guardar cama, y le decidió á no continuar á la cabeza de la expedición y poner en su lugar á Dávila. Desde Teapa habría de torcer el capitán Dávila

llamada Santiago Cimatán, de la cual fué primer encomendero Melchor de Heredia.

¹ Información de servicios de D. Francisco de Montejo, hijo del adelantado del mismo nombre, contestación á la décima pregunta.

hácia el oriente, y encaminarse á las fronteras de Acalán, siguiendo el trayecto recorrido por Cortés, conocido ya por varios de los soldados que habían formado parte del ejército que hizo el viaje á las Hibueras.

Quiso la suerte que mientras el adelantado recorría Tabasco pacificando sus pueblos y encomendándolos á subalternos de su elección, por el rumbo opuesto, en Chiapas, Don Juan Enríquez de Guzmán anduviese ocupado en la misma tarea, por comisión que recibió de la Audiencia de México. Cuando el adelantado estaba en Teapa, Don Juan Enríquez de Guzmán llegó á una aldea próxima denominada Ixtapangojolla, y, sabiendo que á corta distancia había amigos y compañeros, no quiso negarse el placer de tener con ellos una entrevista amigable: con tanta más razón cuanto que, siendo él y Montejo gobernadores de provincias confinantes, había utilidad de que conferenciasen y se pudiesen de acuerdo, para no estorbarse en sus operaciones.

Ambos jefes se avistaron en Teapa, y permanecieron reunidos algunos días, consultándose recíprocamente acerca de los medios más oportunos para alcanzar éxito en sus empresas. Don Juan Enríquez de Guzmán socorrió á Montejo con bastimento, que buena falta le hacía, y Montejo, de su lado, le hizo algunos buenos servicios. Estuvieron conferenciando amigablemente y en pláticas confidenciales, en la mayor armonía. En mala hora se atuvo el adelantado á la experiencia de Don Juan Enríquez de Guzmán, porque éste, creyendo dar un consejo favorable, le persuadió que, en vez de

partir directamente de Tabasco á Acalán, Dávila fuese con él á Chiapas, y que de allí tomase un camino mejor y más trillado para buscar la frontera de Acalán. Ofreció darle guías diestros, y ayudarle con provisiones y cuanto más hubiese menester, todo lo cual estaba en aptitud de cumplir, pues en su calidad de gobernador tenía á la mano recursos suficientes para favorecer á sus amigos. Las ofertas no eran despreciables, viniendo de quien venían, y apoyadas en advertencias que presumían de exactas y verosímiles: el gobernador de Chiapas acababa de pasear el territorio de su jurisdicción, y debía conocer mejor que nadie los caminos, la situación de los lugares, y la calidad de sus habitantes y mantenimientos. El Adelantado juzgó no solamente cortés, sino útil á sus intereses, aceptar los benévolos ofrecimientos, y, sin hacerse de rogar, ordenó que Alonso Dávila fuese á Chiapas, y de allí siguiese para Acalán.

Se despidieron fraternalmente los jefes: Montejo bajó el río en canoa para volver á Nuestra Señora de la Victoria, y Don Juan Enríquez de Guzmán, acompañado de Alonso Dávila y de Don Alonso de Luján, retrocedieron con dirección á la ciudad de Chiapas, pueblo antiguo de indios que estaba ya encomendado desde que el conquistador Diego de Mazariegos hizo los primeros repartimientos. El viaje fué en extremo penoso, por ser la tierra poblada de encumbrados riscos, surcada de ríos caudalosos. En sus ásperos senderos, la caballería tropezaba á cada paso con estorbos insuperables: muchos caballos se despeñaron en profundas simas; otros se ahogaron arrastrados por los tur-

biones de los ríos; no menores molestias padecieron los soldados y jefes, pasando primero á través de una tierra caliente y húmeda, y luego expuestos á una temperatura fría y seca como es la que reina en el valle de Chiapa. Don Juan Enríquez de Guzmán trató de compensar de alguna manera las fatigas del camino con el recibimiento y acogida que dió á Dávila y á sus compañeros: los regaló con alojamiento confortante y comidas exquisitas, y los proveyó de caballos, de armas, y de algodón basteado, que se empleaba como defensa contra las flechas.¹

¹ Oviedo, tomo III, pág. 235.